

Di su nombre

FRANCISCO GOLDMAN

narrativasextopiso



Di su nombre

Di su nombre

FRANCISCO GOLDMAN

TRADUCCIÓN DE ROBERTO FRÍAS



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original:
Say Her Name

Copyright: © 2012, Francisco Goldman, 2011

Primera edición: 2012

Fotografía de portada
PÍA ELIZONDO

Traducción
© ROBERTO FRÍAS

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2012
París 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
Camp d'en Vidal 16, local izq.
08021, Barcelona, España

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación
GRAFIME

ISBN: 978-84-15601-15-9
Depósito legal: M-37154-2012

Impreso en España

VLADIMIR: ¿Y si nos arrepintiésemos?

ESTRAGÓN: ¿De haber nacido?

SAMUEL BECKETT, *Esperando a Godot*

No es tan sólo la muerte, es siempre la muerte de
alguien.

SERGE LECLAIRE

¡Pérdida querida! Desde tu muerte prematura
ha sido mi labor pensar
en ti, en ti: tú eres el libro,
la biblioteca adonde miro,
aunque casi ciego.

HENRY KING, obispo de Chichester,
«Exequias por su esposa»

No querría ser más rápido
o estar más verde de lo que estoy ahora si
estuvieras conmigo. ¡Oh, tú
fuiste lo mejor de mi vida!

FRANK O'HARA, «Animales»

...y quizá eso es lo que descubrirás cuando estés en
el cielo,
luego de tu concierto en el Buró de Shangai.
Y quizá encuentres tu disfraz de oso
en un clóset del cielo...

AURA ESTRADA, «Mis días en Shanghai»

Aura murió el 25 de julio de 2007. Volví a México para el primer aniversario porque quería estar donde todo había ocurrido, en esa playa del Pacífico. Por segunda vez en el mismo año, volvería a casa, a Brooklyn, sin ella.

Tres meses antes de su muerte, el 24 de abril, Aura cumplió treinta años. Sólo faltaban veintiséis días para celebrar los dos años de casados.

La madre y el tío de Aura me acusaron de ser el culpable de su muerte. Y no es que me considere inocente. Si hubiera estado en el lugar de Juanita, yo también habría deseado que me condenaran a mí a vivir entre rejas, pero no por las razones que ella y su hermano dieron.

«De ahora en adelante, si tienes algo que decirme, que sea por escrito», eso me dijo por teléfono Leopoldo, el tío de Aura, cuando me comunicó que actuaría como abogado de la madre de Aura en el proceso en mi contra. Desde entonces no hemos hablado.

Aura

Aura y yo

Aura y su madre

Su madre y yo

Un triángulo de amor-odio o qué sé yo

Mi amor, ¿de verdad está pasando esto?

Où sont les axolotls?

Cada vez que Aura se despedía de su madre, fuera en el aeropuerto de la Ciudad de México o tan sólo para salir del apartamento por la noche o, incluso, al separarse después de haber comido juntas en un restaurante, su madre levantaba la mano y hacía la señal de la cruz para bendecirla mientras susurraba una breve plegaria pidiendo a la Virgen de Guadalupe que protegiera a su hija.

Los ajolotes son una especie de salamandra que nunca abandona su estado de larva, algo así como renacuajos que nunca se convierten en ranas. Solían abundar en los lagos que rodeaban la antigua Ciudad de México y eran uno de los platillos favoritos de los aztecas. Hasta hace poco, se decía que los ajolotes aún vivían en los salobres canales de Xochimilco pero se trata de una especie en vías de extinción. Tan sólo sobreviven en acuarios, laboratorios y zoológicos.

A Aura le gustaba el cuento breve de Julio Cortázar sobre un hombre tan fascinado por los ajolotes del Jardin des Plantes de París que termina convirtiéndose en uno de ellos. Todos los días, incluso tres veces por día, el hombre anónimo de ese cuento visita el Jardin des Plantes para observar a los extraños animalitos apretados en su acuario, ver sus cuerpos translúcidos y lechosos, sus delicadas colas de lagarto, sus caras aztecas triangulares, planas y rosadas, las patas diminutas con dedos casi humanos, los bultitos que brotan de sus branquias, el brillo dorado de sus ojos, la manera en que casi no se mueven y de vez en cuando agitan las branquias o se echan a nadar con una sola ondulación del cuerpo. Parecen tan extraños que el hombre se convence de que no son sólo animales sino que guardan una misteriosa relación con él, que están confinados en silencio al interior de sus cuerpos, pero de alguna manera le suplican con sus pulsantes ojos dorados que los salve. Un día, como de costumbre, el hombre está observando a los ajolotes, con el rostro muy cerca del cristal del acuario, pero, justo a la mitad de esa oración, el «yo» se encuentra en el interior de la pecera y observa al hombre a través del cristal. La transición sucede tal cual.

El cuento termina con el ajolote albergando la esperanza de haberle comunicado algo al hombre, de haber enlazado las calladas soledades de ambos y de que la razón por la que el hombre ya no visita el acuario sea que está en algún lugar escribiendo un cuento sobre lo que significa ser un ajolote.

La primera vez que Aura y yo viajamos juntos a París, unos cinco meses después de que se viniera a vivir conmigo, su mayor deseo era ir al Jardin des Plantes para ver a los ajolotes de Cortázar. Aura ya había estado en París, pero había leído el cuento de Cortázar recientemente. Uno podría haber creído que la única razón por la que habíamos volado a París era para ver a los ajolotes, pero lo cierto era que Aura tenía una entrevista en la Sorbona porque estaba considerando dejar Columbia. Fuimos al Jardin des Plantes en nuestra primera tarde y pagamos para entrar a su pequeño zoológico del siglo XIX. Frente a la entrada de la casa de los anfibios, o *vivarium*, había un cartel con información en francés sobre los anfibios y las especies en peligro de extinción, ilustrado con la imagen de un ajolote de branquias rojas de perfil, que mostraba su alegre cara de extraterrestre y los brazos y manos de mono albino. En el interior, los acuarios formaban una fila que bordeaba la sala, pequeños rectángulos iluminados, empotrados en las paredes, cada uno enmarcando un hábitat húmedo un tanto diferente: musgo, helechos, rocas, ramas, estanques. Fuimos acuario por acuario, leyendo los letreros: había varias especies de salamandras, tritones y ranas, pero ningún ajolote. Recorrimos la sala de nuevo, en caso de que no los hubiéramos visto. Al final, Aura se dirigió hacia donde se encontraba el vigilante, un hombre mayor uniformado, y le preguntó dónde estaban los ajolotes. El hombre no sabía nada de los ajolotes, pero algo en la expresión del rostro de Aura pareció inquietarlo y le pidió que esperara un momento. Salió de la sala y volvió unos minutos después acompañado de una mujer un poco más joven que él y vestida con una bata de laboratorio azul. La mujer y Aura intercambiaron murmullos en francés, así que no pude entender lo que decían, pero la primera

tenía una expresión animada y cordial. Cuando salimos, Aura se detuvo un momento con cara de asombro. Luego me dijo que aquella mujer recordaba a los ajolotes, que incluso llegó a decir que los extrañaba, pero que se los habían llevado hacía años y ahora se encontraban en el laboratorio de cierta universidad. Aura llevaba su abrigo de lana color gris carbón y una bufanda de lana blanca alrededor del cuello. Algunos mechones de su liso cabello negro enmarcaban en desorden la redondez de las mejillas suaves, enrojecidas como si las hubiera quemado el frío, pero la verdad es que no hacía mucho frío. Unas cuantas lágrimas saladas, no un torrente, se desbordaron de sus ojos anegados en llanto y resbalaron por sus mejillas.

«¿Quién llora por algo así?», recuerdo haber pensado. Besé sus lágrimas y respiré ese calor salobre de Aura. Fuera lo que fuera lo que tanto le afectó por la ausencia de los ajolotes, aquello parecía parte del mismo misterio que el ajolote espera que el hombre revele, hacia el final del cuento de Cortázar, al escribir un cuento. Siempre tuve deseos de saber qué se sentía al ser Aura.

Où sont les axolotls?, escribió en su cuaderno. ¿Dónde están?

Aura se mudó a mi apartamento de Brooklyn unas seis semanas después de llegar a Nueva York proveniente de la Ciudad de México, armada de múltiples becas, incluyendo una beca Fullbright y una del gobierno mexicano, para comenzar sus estudios de doctorado en literatura hispánica en la Universidad de Columbia. Vivimos casi cuatro años juntos. Aura compartía el alojamiento universitario de Columbia con una estudiante extranjera, una botánica coreana altamente especializada en su campo. Antes de trasladar las cosas de Aura al mío, estuve en aquel apartamento tan sólo dos o tres veces: se trataba de un apartamento de los que aquí llamamos «de ferrocarril», con un pasillo estrecho y largo, dos habitaciones y una sala al frente. Un apartamento de estudiante repleto de objetos de estudiante: su librería de IKEA, un juego de ollas, sartenes y utensilios antiadherentes de tono carbón, una silla roja rellena de cuentas, un aparato de música, una pequeña caja de herramientas (también de IKEA y aún sellada con su envoltura de plástico transparente). Su colchón estaba en el suelo y sobre él había una montaña de ropa. El apartamento me hizo sentir nostalgia por mi época universitaria, por mi juventud. Yo me moría de ganas de hacerle el amor allí mismo, en el tremendo desbarajuste de esa cama, pero Aura se ponía nerviosa porque su compañera podía entrar en cualquier momento, así que no lo hicimos.

La saqué de ese apartamento, dejando a su compañera, con la que Aura se llevaba bien, sola. Pero poco más de un mes después, cuando estuvo segura de que iba a quedarse conmigo, Aura encontró a otra universitaria que se hiciera cargo de su parte del alquiler, una chica rusa que parecía ser la compañera de piso que le gustaría a la chica coreana.

Allí, en la avenida Amsterdam y la calle 119, Aura vivía pegada al campus. En Brooklyn tenía que moverse en metro y al menos le costaba una hora por trayecto ir a Columbia y solía ir casi todos los días. Podía coger el tren F, hacer transbordo en la calle 14 y abrirse camino a través de un laberinto de escaleras y largos túneles, que en invierno estaban helados y tenían un aspecto lúgubre, para llegar a los trenes expresos 2 y 3, y cambiar al tren de cercanías de la calle 96. O bien, podía caminar veinticinco minutos desde nuestro apartamento hasta la estación Borough Hall y coger el 2 o el 3 ahí. Al final se decidió por la segunda opción y así se movía casi todos los días. En invierno el frío podía ser brutal durante esa caminata, sobre todo con los delgados abrigos de lana que le gustaba ponerse, hasta que por fin la convencí de que me dejara comprarle una de esas parkas con capucha de North Face para envolverla de la cabeza a un poco más abajo de la rodilla en nailon azul, inflado por las plumas de ganso.

—No, mi amor, no te hace gorda, o no sólo a ti, todo el mundo parece un saco de dormir ambulante con una de esas parkas y, además, ¿qué más te da? ¿No es mejor ir cómoda y calentita?

Cuando usaba esa parka con la capucha puesta y el cuello cerrado por debajo de la barbilla, en combinación con sus brillantes ojos negros, parecía una niña iroqués que da vueltas enfundada en su propia *papoose*.¹ Casi nunca salía al frío sin ella.

Otra complicación de su largo trayecto era que se perdía a menudo. Por estar abstraída, se pasaba de estación o cogía el tren en sentido contrario y, enfrascada en su lectura, en sus pensamientos o en su iPod, no se percataba hasta encontrarse en la profundidad de Brooklyn. Entonces llamaba desde un teléfono público desde alguna estación de la que yo nunca había oído hablar.

1. Se refiere al nombre genérico para designar el típico portabebés de los pueblos indígenas de América Septentrional que puede llevarse sobre la espalda. (N. del T.)

—Hola, *mi amor*,² bueno, estoy en la estación Beverly Road, me equivoqué de dirección otra vez.

Por más que utilizara a propósito un tono de voz casual —aquello no era nada, tan sólo se trataba de otra neoyorkina cargada de compromisos lidiando con un dilema rutinario de la vida urbana—, sonaba un poco derrotada. No le gustaba que me burlara de ella por coger el metro en sentido contrario o por perderse caminando en nuestro propio barrio, pero a veces yo no podía evitarlo.

Desde el primer día que Aura despertó en nuestro apartamento de Brooklyn hasta casi el último, la acompañé a la estación de metro todas las mañanas, excepto cuando iba en bicicleta hasta Borough Hall y la dejaba encadenada allí (aunque esa rutina no duró mucho porque los borrachos y drogadictos sin techo que vivían en el centro de Brooklyn le robaban a menudo el asiento) o cuando llovía o cuando ya iba tan tarde que debía tomar un taxi para llegar a Borough Hall o en las raras ocasiones en que salía disparada por la puerta como un pequeño tornado furioso, pues se hacía tarde, y yo estaba todavía ocupado en el baño y le gritaba que esperara, o en las dos o tres veces que estaba tan molesta conmigo por esto o por aquello que de ninguna manera quería que la acompañara.

En general, la acompañaba hasta la estación del tren F, sobre Bergen, o a la estación de Borough Hall, aunque al final acordamos que si se dirigía a Borough Hall yo llegaría hasta el *delicatessen* del tipo francés que había en Verandah Place, pues tenía trabajo pendiente y no podía perder casi una hora diaria en ir y volver de la estación, aunque ella trataba de convencerme de llegar más lejos, hasta la avenida Atlantic o, a pesar de todo, hasta Borough Hall o incluso hasta Columbia. En esos casos, bien pasaba el día entero en la Butler Library (hacía pocos semestres que había impartido un taller de escritura en

2. En el original, el autor ha dejado en castellano varias palabras o frases por su efecto único. Para transmitir esa intención al castellano, destacaremos a lo largo de la novela esas palabras o frases en cursiva. (N. del T.)

Columbia y aún tenía mi credencial) leyendo o escribiendo o tratando de escribir en un cuaderno, bien me sentaba frente a uno de los ordenadores para revisar mi correo electrónico o pasar el tiempo leyendo los periódicos en línea, siempre empezando, ésa era mi costumbre, por la sección de deportes del *Boston Globe*: yo había crecido en Boston. Normalmente, almorzábamos en Ollie's, luego íbamos a Kim's para despilfarrar el dinero en DVD y CD o echábamos un vistazo en Labyrinth Books y salíamos cargados de pesadas bolsas con libros para cuya lectura ninguno de los dos tenía tiempo de sobra. A veces, los días en que no me había convencido de que la acompañara a Columbia por la mañana, llamaba por teléfono y me pedía que fuera hasta allá tan sólo para almorzar con ella, y yo a menudo iba.

—Francisco, no me casé para tener que almorzar sola. No me casé para pasar el tiempo sola —solía decir Aura.

Durante esas caminatas matutinas hacia el metro, ella era la que hablaba más o la única que hablaba: Aura hablaba de sus clases, de sus profesores, de otros estudiantes, de una nueva idea para un cuento o una novela o sobre su madre. Incluso cuando estaba especialmente *neurás* y repasaba sus angustias de siempre, yo intentaba sacar nuevas palabras de aliento o reformular o repetir otras previas. Me encantaba, cuando tenía ánimos para detenerse cada pocos pasos y besar o mordisquear mis labios como una cachorra de tigre, esa sonrisa silenciosa que se le dibujaba en la cara después de mi *¡ay!* y la manera en que se quejaba, «*¿Ya no me quieres, verdad?*», si no le cogía la mano o pasaba mi brazo sobre sus hombros en el momento en que ella lo deseaba. Me gustaba mucho ese ritual nuestro, excepto cuando, preocupadísimo, no me gustaba nada. ¿Cómo me las voy a arreglar para escribir otro maldito libro con esta mujer que me hace acompañarla a la estación del metro cada mañana y que me engatusa para ir a Columbia y almorzar con ella?

Todavía suelo fantasear que Aura camina junto a mí por la calle. A veces fantaseo que le cojo la mano y camino con el brazo un poco apartado del cuerpo. A nadie le sorprende ya ver gente que habla consigo misma por las calles, pues se da

por sentado que hablan con algún dispositivo que tiene Bluetooth. Pero la gente sí que te mira cuando advierten que tienes los ojos enrojecidos y húmedos y los labios torcidos por una mueca de sollozo. Me pregunto qué creen estar viendo y qué motivo creen que ha desatado mi llanto. A simple vista, una ventana se ha abierto de forma breve y alarmante.

Un día de ese primer otoño en Brooklyn tras la muerte de Aura, en la esquina de Smith y Union, vi a una anciana en la acera contraria que esperaba para cruzar la calle. Era una anciana del barrio, la típica viejecita con el cabello blanco y bien peinado. Estaba un poco encorvada y la expresión de su pálido rostro era dulce y blanda, como si disfrutara del sol y del clima de octubre mientras esperaba con paciencia a que cambiara la luz del semáforo. La idea fue como una bomba silenciosa: Aura nunca llegaría a saber lo que significa ser vieja, nunca llegaría a ver su vida en retrospectiva. Y por aquello me dio por pensar en lo injusto de esa certeza y en la adorable y satisfecha anciana que, con toda seguridad, Aura estaba destinada a ser.

Destinada. ¿Había sido mi destino entrar en la vida de Aura cuando lo hice o me metí donde no debía y torcí su camino predestinado? ¿Se suponía que Aura debía casarse con otro hombre, quizá con otro estudiante de Columbia, quizá con ese chico que estudiaba a unas cuantas sillas de distancia en la Butler Library o con aquel joven de la Hungarian Pastry Shop que no podía dejar de mirarla tímidamente? ¿Cómo decir con exactitud que cualquier cosa que no fuera lo que pasó estaba escrita? ¿Dónde quedan la voluntad de Aura y la responsabilidad ante sus decisiones? Cuando el semáforo se puso verde y crucé la calle, ¿advirtió la anciana la expresión de mi rostro al pasar junto a mí? No lo sé, yo tenía fija la mirada borrosa en el pavimento y tan sólo quería volver a nuestra casa. Allí Aura se hacía más presente que en cualquier otro lugar.

El apartamento, que para entonces había alquilado por ocho años, era el espacio destinado a salón en una casa *brownstone*

de cuatro plantas. Cuando los Rizzitano, la familia propietaria del edificio, vivían allí y ocupaban las cuatro plantas, el salón principal era la sala de estar, pero ahora era nuestro dormitorio. Los techos eran tan altos que para cambiar una bombilla de la lámpara tenía que trepar en una escalera de metro y medio, ponerme de puntillas en su desvencijado pináculo, estirarme al máximo y aun así acababa arqueado hacia atrás, agitando los brazos para no perder el equilibrio. Aura, al observarme desde el rincón donde se hallaba su escritorio, decía:

—Pareces un pájaro aficionado.

Por el borde superior de los muros blancos corría una moldura de yeso también encalada que se componía de una hilera de rosas neoclásicas repetidas y, debajo, otra hilera, más gruesa, de sinuosas hojas de helecho. Dos altas ventanas, encortinadas y con profundos antepechos, daban a la calle. Alzándose de suelo a techo entre ambas ventanas, como una chimenea, destacaba el detalle más chillón del apartamento: un inmenso espejo con un marco barroco de madera dorada. Ahora el vestido de novia de Aura tapaba un poco el espejo, su percha colgaba de un cordel que yo había atado a un par de arabescos dorados de las esquinas superiores del espejo. Sobre la repisa de mármol que había al pie del espejo, podía verse un altar formado con algunas de las pertenencias de Aura.

Cuando volví de México esa primera vez, seis semanas después de la muerte de Aura, Valentina, una joven que había estudiado con ella en Columbia, y Adele Ramírez, amiga de ambas que había viajado desde México para visitar a Valentina, me recogieron en el aeropuerto de Newark en la camioneta BMW del esposo de Valentina, un banquero de inversiones. Yo llevaba cinco maletas: dos más y tres repletas con las cosas de Aura, no sólo su ropa —me negué a tirar o regalar casi todo lo suyo— sino también algunas de sus fotos, algunos libros y una pequeña parte de los diarios, los cuadernos y los papeles sueltos de toda su vida. Si ese día me hubieran recogido en el aeropuerto mis amigos hombres para ir luego al apartamento, seguro que todo habría sido muy diferente. Quizá habríamos

echado un vistazo de incredulidad a nuestro alrededor y luego habríamos dicho «Vámonos a un bar». Pero apenas había terminado de meter las maletas en casa cuando Valentina y Adele comenzaron a montar el altar. Se lanzaron por todo el apartamento como si supieran mejor que yo donde se encontraba cada cosa, eligiendo y trayendo consigo diversos tesoros, y pidiéndome de vez en cuando mi opinión o mis sugerencias. Adele, que es artista visual, se agachó frente a la repisa de mármol que había al pie del espejo y comenzó a disponer el sombrero de mezclilla, con una flor de tela cosida en un lateral, que Aura había comprado durante nuestro viaje a Hong Kong; la bolsa de lona verde que había traído a la playa aquel último día, con todo lo que contenía tal y como ella lo había dejado: su cartera, sus gafas de sol y los dos delgados volúmenes que estaba leyendo (uno de Bruno Schulz y otro de Silvina Ocampo); su cepillo, con largos cabellos negros enredados en las cerdas; el tubo de cartón de palillos chinos que compró en el centro comercial cercano a nuestro apartamento de la Ciudad de México y que luego llevó al T.G.I. Fridays, donde nos sentamos a beber tequila y a jugar con los palillos dos semanas antes de que muriera; un ejemplar de la *Boston Review*, donde su último ensayo publicado en inglés había aparecido a principios de ese último verano; su par favorito (y único) de zapatos Marc Jacobs; su pequeña ánfora color turquesa; otras chucherías, *souvenirs* y adornos; fotografías; velas y, bien tiesas y vacías al pie del altar, sus botas mod de brillante hule, a rayas blancas y negras, con las suelas de encendido color rosa.

—¡Ya sé! —anunció Valentina, de pie frente al imponente espejo—. ¿Dónde está el vestido de novia de Aura?

Fui a sacar el vestido del armario y volví cargado también con la escalera.

Justo el tipo de cosas de las que Aura y yo solíamos burlarnos: un folclórico altar mexicano en un apartamento de estudiante como manifestación de una política identitaria cursi. Pero en ese momento aquello parecía lo correcto, así que el primer año que transcurrió tras la muerte de Aura, y tiempo después,

el vestido se quedó ahí. Con frecuencia compraba flores para el jarrón que había colocado en el suelo y encendía velas, además de comprar otras para reemplazar las que se habían consumido.

El vestido de novia había sido confeccionado para Aura por una diseñadora mexicana que tenía una *boutique* en la calle Smith. Habíamos entablado amistad con la dueña de la tienda, Zoila, originaria de Mexicali. En su negocio solíamos hablar del puesto de tacos auténticos que algún día íbamos a abrir para hacer dinero con las hordas de jóvenes borrachos y hambrientos que todas las noches salían de los bares de la calle Smith. Los tres fingíamos tener muchísimo interés en unirnos a esta prometedora empresa. Luego Aura descubrió que en el sitio web *Daily Candy* recomendaban los vestidos de novia de Zoila, confeccionados por encargo, como una alternativa a los de Vera Wang. Aura visitó el estudio de Zoila, un *loft* situado en el centro de Brooklyn, para hacer tres o cuatro pruebas y de cada una volvía a casa más ansiosa. Al principio la vi decepcionada porque, tras recoger la versión final del vestido, lo encontró más simple de lo que había imaginado y no muy distinto a algunos de los vestidos comunes que Zoila vendía en su tienda por una cuarta parte del precio. Se trataba de una versión casi minimalista de un vestido de campesina mexicana hecho de fino algodón blanco, con unos sencillos adornos de seda y encaje bordados, y se iba ensanchando por la caída de la falda, donde abundaban los volantes.

Pero al final Aura concluyó que sí que le gustaba. Quizá el vestido sólo requería estar en el entorno adecuado, ese paisaje cercano al desierto, en el pueblo y santuario católico de Atotonilco, entre la vieja iglesia de una misión, los cactus, los matorrales y el oasis de tierras verdes de una hacienda restaurada que habíamos alquilado para celebrar la boda, bajo la inmensidad del cielo mexicano, azul intenso y luego amarillo grisáceo que los turbulentos rebaños de nubes recorrían de un extremo a otro. Quizá ahí radicaba la genialidad del vestido que Zoila había diseñado para Aura: aquella especie de vestido liofilizado, en apariencia tan simple como el papel higiénico, se

llenaba de vida con el aire cargado y ligero del altiplano central de México. Era el vestido perfecto para una boda campesina que se celebraría en México hacia mediados de agosto y, en definitiva, el vestido de novia soñado por toda muchacha. El vestido estaba un poco amarillento y los tirantes de los hombros un poco más oscuros por la salada transpiración. Una de las cintas de encaje que recorrían el vestido por la falda, por encima del punto en el que se ensanchaba, se había desprendido parcialmente del resto de la tela de tal manera que la rasgadura parecía hecha por una bala. El dobladillo estaba decolorado y roto de tanto que lo habían arrastrado por el lodo, habían bailado sobre él o lo habían pisado durante la noche que se alargó hasta el amanecer de nuestra boda, cuando Aura se quitó los zapatos de novia y se calzó unos de baile que compramos en una tienda especializada en bodas, en la Ciudad de México. Eran un cruce entre los zuecos blancos de enfermera y las zapatillas con plataforma tipo disco de los años setenta. Ese vestido de novia era una delicada reliquia. Por las noches, recortado contra la ilusión de profundidad que da el espejo y el brillo de las velas y las lámparas, rodeado por el marco barroco como si fuera una corona de oro, el vestido parecía flotar.

* * *

A pesar del altar, o quizá debido al mismo, nuestra mujer de la limpieza renunció. Originaria de Oaxaca, Flor, una mexicana que criaba tres hijos en El Barrio y venía a limpiar la casa cada quince días, dijo que la ponía muy triste estar en nuestro apartamento. La única vez que Flor volvió a nuestro apartamento la vi arrodillarse frente al altar para rezar, la vi coger fotografías de Aura y apretarlas contra sus labios, manchándolas con sus lágrimas y sus besos enérgicos. Llegó a imitar los elogios creíbles de Aura sobre su trabajo y el tono alegre de su voz:

—«¡Oh, Flor!, ¡haces verdaderos milagros!» . Ay, *señor* —dijo Flor—, siempre estaba feliz, llena de vida, era tan joven, tan buena, siempre me preguntaba por mis hijos.

Así que, ¿cómo podía hacer su trabajo ahora, de esa manera que siempre había agradado a Aura, si no podía parar de llorar?, me preguntaba Flor, suplicante. Luego se llevaba la tristeza y las lágrimas a casa, con sus niños, me explicó más tarde, cuando llamó por teléfono, y eso no estaba bien, no, *señor*, no podía seguir haciéndolo, así que lo sentía mucho pero tenía que renunciar. No me tomé la molestia de buscar a otra mujer de la limpieza. Supongo que pensé que Flor se sentiría mal por mí y volvería. Al final, intenté llamarle por teléfono para rogarle que regresara y un mensaje grabado me advirtió que el número estaba fuera de servicio. Luego, aunque pareciera increíble, meses después de que renunciara, se arrepintió, llamó y dejó su nuevo número telefónico en el contestador, por lo visto se había mudado. Pero, cuando devolví la llamada, el número era incorrecto. En todo caso, quizá yo lo había anotado mal, soy un poco disléxico.

Quince meses después de la muerte de Aura, al volver de nuevo a casa sin ella (y sin que nadie me recibiera en el aeropuerto), me encontré el apartamento tal y como lo había dejado en julio. La cama estaba sin hacer. Lo primero que hice fue abrir todas las ventanas para que pudiera entrar el aire húmedo y frío de octubre.

La MacBook de Aura seguía ahí, sobre su escritorio. Podría comenzar donde me había quedado, tratando de trabajar, organizar y juntar las piezas de sus cuentos, ensayos, poemas, la novela que acababa de empezar y sus textos inconclusos, los cientos de fragmentos, de hecho, que había dejado en su ordenador de esa forma laberíntica y dispersa que tenía para organizar los archivos y los documentos. Creí estar preparado para dedicarme de lleno a esa tarea.

Sobre el suelo de la habitación, alrededor del florero que estaba frente al altar, había viejos pétalos de rosa secos, más oscuros que la sangre, pero el florero estaba vacío. En la cocina, a pesar de no haberlas regado en casi tres meses, las

plantas de Aura estaban aún vivas. Hundí el dedo en la tierra de una de las macetas y la encontré húmeda.

Entonces recordé que le había dejado una llave al vecino de arriba y le había pedido que regara las plantas de Aura mientras yo me encontraba fuera. Tan sólo tenía la intención de viajar a México por el primer aniversario de su muerte y quedarme un mes, pero finalmente me quedé tres meses, y ellos habían regado las plantas todo ese tiempo. Limpiaron también las rosas marchitas, que debieron de comenzar a pudrirse y a oler mal. Y recogieron mi correo y lo metieron en una bolsa de plástico que pusieron a un lado del sofá, justo al cruzar la puerta del apartamento.

En la playa, algunos de los bañistas que me vieron o que escucharon mis gritos de ayuda y yo sacamos a Aura del agua y la tendimos en la pendiente, casi una zanja, que las olas habían hecho, luego la levantamos de nuevo y la cargamos hasta un lugar plano, donde la pusimos sobre la arena caliente. Mientras se esforzaba por tomar aire, cerrando y abriendo la boca, susurrando tan sólo la palabra «aire» cuando necesitaba que presionara de nuevo mis labios contra los suyos, Aura dijo algo que en realidad no recuerdo haber oído, pero tampoco recuerdo mucho lo que sucedió. Antes de correr en busca de una ambulancia, su prima Fabiola sí que la escuchó y más tarde me lo dijo. Lo que Aura había dicho, una de las últimas cosas que me dijo, fue: «*Quiéreme mucho, mi amor*».

«*No quiero morir*». Quizá ésa fue la última frase que pronunció entera, quizá sus últimas palabras.

¿Con esas palabras, quiso exculparme? ¿Constituye una de esas afirmaciones que yo debería prohibirme hacer? Sin duda alguna la súplica y la invocación de amor de Aura encajarían bien con los sentimientos y las simpatías de cualquier jurado, pero no estoy en un tribunal. Necesito plantarme desnudo ante los hechos; no hay manera de engañar al jurado que tengo frente a mí. Todo importa y todo cuenta como prueba.

En 2005, el novelista y periodista Francisco Goldman se casó con una radiante y joven promesa de las letras mexicanas: Aura Estrada. Poco antes de su segundo aniversario de bodas, Aura sufrió un terrible accidente nadando en las playas de Oaxaca y murió en un hospital de la Ciudad de México. Devastado por la pérdida, y culpado por la familia de Aura de su muerte, Goldman se sumergió en una espiral de dolor, entre los remordimientos por lo que fue y el anhelo de lo que ya no sería. *Di su nombre* —elegido de manera unánime entre los mejores libros del año por *The Guardian*, *The New York Times*, y varias publicaciones más— es tanto una larga carta de amor como un intento desesperado por conservar cada detalle de Aura a través de la pasión compartida de ambos: la literatura. Francisco Goldman reconstruye en esta novela su historia de amor trunca, donde el amor más profundo y el dolor que ocasiona su pérdida confluyen en una excepcional síntesis, que ha conmovido a los miles de lectores que se han adentrado en el mundo compartido con tanta intensidad por estos dos personajes, que parecieran extraídos de una hermosa tragedia clásica.

«Este libro contiene una escritura hermosa; descripciones hermosas y perceptivas de lugares, embates bellamente narrados contra la ciudadela de la pérdida, contra el firmamento del amor y la pasión, atisbos indelebles del yo como alboroto. Y demos gracias de que así sea, pues es una historia tan triste que únicamente la belleza puede redimirla».

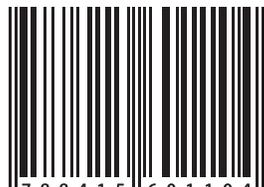
RICHARD FORD

«Una bellísima historia de amor y una extraordinaria historia de pérdida».

COLM TÓIBÍN



narrativa **sextopiso**



9 788415601104